

## ANEXO nº 3

# EL PRIMADO DE DIOS

## 1. INTRODUCCIÓN

Con este tema del *primado de Dios* queremos volver sobre Francisco y María Ana para descubrir cómo ellos se acercaron al Señor Jesús, cuál fue su experiencia cristiana fundante... Esto lleva consigo: una *recuerdo*, una *asimilación*, una *actitud de escucha*, un *discernimiento* y una *recreación*.

- Un *recuerdo* de lo que Francisco y María Ana, desde esa actitud de búsqueda del querer de Dios, se sintieron llamados a vivir con sus primeros hermanos y hermanas. Hemos de volver a las fuentes como lugar privilegiado donde encontraremos expresado y vivido el ideal que conquistó sus vidas.
- Una *asimilación*. Si recordamos los inicios y volvemos a las fuentes, hemos de estar abiertas a ser tocadas, a dejarnos inquietar e interrogar por ellos para que dentro de nuestro corazón vuelva a resonar: **“¡Esto es lo que anhelo!”**.
- Una *actitud de escucha*. La propia identidad la vamos asimilando en el escuchar constante. Cuando dejamos de escuchar los textos inspiracionales, perdemos capacidad de identificarnos con el espíritu de esta forma de vida. La escucha es lo que mantiene despierto el anhelo y el recuerdo.
- Un *discernimiento*. Porque se nos adhieren elementos que no configuran la identidad, desviaciones que nos llevan a perder lo esencial, o a malinterpretar lo original. Confrontarnos continuamente con los orígenes, discierne opciones y clarifica motivaciones.
- Una *recreación*. La identidad la descubrimos en las fuentes y la recreamos en nuestra vida y en nuestro mundo. No es mimetismo, sino recreación. Nos sirve lo que vivieron Francisco y María Ana y cómo lo vivieron, pero no podemos encarnar su carisma hoy copiando las formas que utilizaron en su tiempo. Somos invitadas a encarnar el mismo carisma de modo renovado, fiel y vivo.

## 2. EL PRIMADO DE DIOS EN FRANCISCO

### ***El encuentro con Dios. Experiencia central de Francisco***

Muchas veces lo hemos oído ya: Francisco no fue un pensador. Y, pese a que la palabra está en nuestro vocabulario cargada de un sentido peyorativo, podemos afirmar que Francisco fue un “vividor”, se dedicó a vivir, haciéndolo con intensidad y con hondura, y transmitiendo a los demás el mensaje de lo que él vivía.

El tiempo en que vivió Francisco fue un tiempo en el que la fe tenía un sentido reconocido, era aceptada y, en buena parte, inspiraba la cultura del momento. Dios en este tiempo podía ser, y en buena parte lo era, un elemento cultural; pero igualmente podía ser, y fundamentalmente lo era, el Dios de la fe.

**¿Quién era Dios para Francisco?** Dios estaba presente en su vida; lo alimentaba y lo movía, era Dios quien lo explicaba, de Dios vivía, le alababa y le daba gracias. En Él descansaba y era su gozo y su alegría verdadera. A Dios lo sentía cerca en su vida; su presencia era en él intensa de tal modo, que Francisco es incapaz de narrar la vida sin hacer una alusión explícita y continua a Dios. Francisco es más testigo que teórico; más testimonio que doctrina. Él relata su vida en clave teológica, pero las



señales que la van marcando son ráfagas de luz, fogonazos intensos, más que conceptos. Francisco no vive a Dios como resultado de una especulación. Habla de Él como fruto de una vivencia.

En los Escritos de Francisco acerca de Dios no encontramos exposiciones teóricas o apología racional, sino presentación de lo que ha vivido o vive y de lo que siente. Y al preguntarnos por su experiencia de Dios, nada mejor que escuchar su propio testimonio, el que nos ha dejado en su *Testamento*.

### **Dios presente en la vida de Francisco a la luz del Testamento**

Son muchas las preguntas que se nos plantean ante este tema: ¿Cómo llegó a vivir Francisco a Dios? ¿Cómo lo sintió? ¿Qué imagen tuvo de Él? ¿Humanizó Dios a Francisco? ¿Qué papel tuvo Dios en la vida de Francisco?

En el *Testamento* podemos descubrir la rica realidad de una experiencia personal de Francisco. Próximo ya a la muerte, Francisco nos refiere en un lenguaje sobrio, con la sencillez que siempre le es propia, cómo apareció en él el creyente, cómo fue caminando y creciendo en esa condición. El *Testamento* en el que, en buena parte, narra Francisco su propia historia no es un diario, sino que trae a la memoria sólo ciertos episodios que en el conjunto de su vida tienen un relieve particular. En él nos habla de forma escueta, como desvelando con pudor la intimidad que él más valora y venera. Y en este relato vamos a encontrarnos con que Dios es una figura central, determinante.

Francisco no ha hecho teología, sino que ha ido viviendo su vida al ritmo que Dios le ha ido marcando y a la luz de lo que Dios le ha ido mostrando. Él piensa que Dios le ha provocado a la conversión: Dios le llevó a experimentar el valor del hombre acercándolo a los leprosos, Dios le ha llevado a descubrir a Cristo y adorarlo, le ha hecho comprender lo que es la Iglesia, el sacerdocio, la Palabra, los sacramentos, la fraternidad. Dios le ha revelado su forma de vida según el evangelio y le ha constituido en mensajero de paz.

Así nos cuenta Francisco su vida: “el Señor me concedió” comenzar así a hacer penitencia..., “me condujo” entre los leprosos, cambió mis gustos, “me dio fe” para poder decir en las iglesias: “Te adoramos Señor Jesucristo”, “me dio y me sigue dando fe” en los sacerdotes, en la Palabra, en los sacramentos, Dios “me dio hermanos”, “me reveló que debía de vivir según la forma del santo Evangelio”. Es importante resaltar esta insistencia: “el Señor me dio...”, que lejos de ser un recurso formal, es el exponente de su vivencia más honda. Esta forma de expresarse constituye el horizonte del *Testamento* y su núcleo más importante. Lo que sobre todo vale es el relato de su experiencia.

*“El Señor me dio de esta manera, a mí hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo”*

Aquí se entremezclan dos temas: el de la conversión de Francisco y el de su encuentro con los leprosos. Pese a ser distinto, Francisco no nos permite disociarlos, porque en su vida estuvieron íntimamente unidos. El uno y el otro son, en la conciencia de Francisco, acción de Dios: el Señor le dio comenzar a hacer penitencia; y para ello le condujo entre los leprosos. Así relata Francisco los hechos: la iniciativa en su vida penitencial la tuvo Dios. Fue Él el acto principal en la conversión de Francisco. Para él, Dios es el que da “el comenzar” a hacer penitencia. Nada hay que preceda al comienzo sino Dios. Dios es el absolutamente primero; Él es el que más madruga, el primero que sueña. Y Él se muestra como un Dios de planes concretos: “el Señor me dio de *esta manera* comenzar a hacer penitencia...”.

Francisco se siente como el beneficiario de un milagro. Descubrió que su corazón se había transformado. Y por lo que nos dice indirectamente, comprendió que Dios es el primer interesado por los leprosos y pudo así conocer un poquito mejor el corazón de Dios. Y en los leprosos descubrió el verdadero rostro humano. El Señor produce siempre en el hombre cercanía para con el hombre.

La presencia de Dios en Francisco representa una ruptura respecto del anterior modo de sentir y de vivir; en su vida con Dios estrena una novedad que es “misericordia” y “dulzura del alma y del cuerpo”.

### ***El Hijo del Padre, muestra a Francisco al “Padre Santo”***

La revelación que el Padre hizo de Jesús a Francisco lo llevó a “adorar y bendecir al Señor Jesucristo”. “*Te adoramos, Señor Jesucristo..., y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo*”. En las Iglesias miró Francisco a la eucaristía y la vio atravesada por la cruz. No hubo nada en su vida que le resultara más querido. Esa sintonía primera con Jesús fue creciendo y fue haciéndose cada vez más plena, de forma que un día comprendió que había de asociarse más y mejor a Jesús, tomando el evangelio como forma de vida. Modelado por dentro, Francisco quiere dejarse modelar también por fuera. Jesús es la figura *única* a la que Francisco quiere asemejarse en todo.

*“Atengámonos, dice Francisco, a las palabras, vida y doctrina y al santo evangelio de quien se dignó rogar por nosotros a su Padre”.*

***¿Cómo Francisco fue aprendiendo cómo es Jesús y cómo es Dios?*** Francisco oraba escuchando la oración de Jesús, oraba asimilando los sentimientos de Jesús ante el Padre. Es probable que sea en esa oración donde él aprende a admirar más y más a Dios, es ahí donde con más intensidad percibe el amor de Dios, su grandeza, su cercanía, su entrega.

El *Oficio de la Pasión* es para Francisco un espacio de contemplación. Mientras lo recita va asistiendo como testigo a la oración de Jesús, escucha sus palabras, mira emocionado sus gestos, se estremece ante sus actitudes, llora ante sus sentimientos. Aprende poco a poco cómo ha de dirigirse a su Padre Dios, cómo se puede compaginar filiación y vida real, cómo el Padre no abandona nunca, cómo uno puede vivir confiado sin reservas en Dios...

La oración es para Francisco una “comunidad espiritual con Dios vivo y personal...”, el fruto de una paciente escucha en el silencio o de una visita imprevisible. Pero, Francisco no percibe a Dios sólo en la oración; lo percibe también en la vida real, en la acción real de Dios en su vida y en la de sus hermanos, en los hombres, en la historia, en la creación (Cántico de las criaturas).

### ***Algunos interrogantes para ayudarnos a profundizar***

Francisco nos dice que Dios es el primero; reconoce que de Él arranca todo, que Él es solo gracia. Pero, ¿Puede Dios ser el primero sin que su presencia se convierta en llamada a la conversión? ¿Puede Dios ser el primero sin que nos encontremos de verdad con el leproso? Si no **damos** con el leproso ¿será, tal vez, que no hemos dado con el Dios verdadero? Si el Dios, a quien damos culto, no nos lleva a adorar y bendecir a Cristo ¿será acaso que Dios no es el primero o que Dios no es el Dios verdadero? Si Dios es el primero ¿su presencia no hará que las relaciones humanas las vivamos desde perspectivas nuevas y que los hombres/mujeres sean nuestros hermanos? Si Dios es el primero ¿no nos sentiremos urgidos por Él a vivir de forma nueva el evangelio?.

## Exclusividad de Dios en Francisco: “Dios mío y todas mis cosas”

Si Francisco ha llegado a experimentar hondamente que Dios es el Altísimo, el trascendente, el enteramente Otro en su ser y en su obrar, la única postura lógica, razonable será consentir a la absoluta transcendencia de Dios. Dejar que Dios sea Dios en su vida. Dejar que Dios sea realmente lo absoluto, lo primero y principal. Sólo Dios único y Señor. Cuando se le reconoce sinceramente a Dios su absoluta transcendencia, con la misma fuerza y radicalidad se le admite en la vida como el absolutamente principal. Dios lo acapara soberanamente todo.

Cuando a Dios se le deja todo en la vida, ya no queda sitio para otra cosa. Si Dios es todo en la vida y toda para Él, lógicamente nos quedamos sólo con Dios. Él tiene la exclusiva en ella.

Para que Dios sea el Principal, el Primero, hay que crear un vacío absoluto de todo lo que no sea Dios. Frente al Dios-Todo, “no os reservéis nada de nosotros”. “No tengáis nada”. “No os apropiéis nada” ...Todo nos habla de la seriedad con que se entregaba Francisco. La verdad de su exclamación: “Dios mío y todas mis cosas”.

Si esto lo acercamos a nuestra realidad hoy, podemos concluir diciendo: Hay crisis de vida religiosa porque hay crisis de Dios, de su transcendencia. De su suficiencia. Mientras, como Francisco, no sepamos que Dios apenas sirve más que para adorarle, darle gracias y alabarle, para ser sus testigos, no habremos encontrado la razón de nuestra vida.

### 3. EL PRIMADO DE DIOS EN MARÍA ANA MOGAS

Al profundizar en la experiencia y primacía de Dios en Francisco, descubrimos que esto es lo que configura la espiritualidad de M<sup>a</sup> Ana, y no sólo la de ella, sino la de todo el instituto de Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor:

*La experiencia creyente de María Ana Mogas inspira nuestro itinerario formativo situándolo en la tradición de la Tercer Orden Regular (TOR) franciscana. Desde esta espiritualidad, estamos llamadas a vivir en un dinamismo de constante conversión, buscando en todo momento “observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo”, viviendo personal y comunitariamente “en espíritu de oración, de pobreza y humildad”, de modo que nuestras comunidades “con la palabra y con las obras, den testimonio (...) y hagan saber a todos que no hay otro omnipotente fuera de Él”.*

El Plan General de Formación, nos ofrece un sumario sobre los núcleos de espiritualidad de María Ana que ahora vamos a tratar de desarrollar:

- *En profunda sintonía con la espiritualidad franciscana, el camino interior de María Ana le lleva a seguir las huellas y pobreza de nuestro Señor Jesucristo. Este camino nos sitúa ante una vida en proceso, en continuo aprendizaje del único Maestro y Señor.*
- *Los misterios de la humanidad de Cristo, la eucaristía, la espiritualidad de la cruz y la devoción al Sagrado Corazón, exponente del amor misericordioso del Señor, aparecen en la vida de María Ana de forma destacada.*
- *Para ella, el Hijo es el enviado del Padre, Redentor y único Mediador, “suma bondad que merece ser amada de infinitos amadores si los hubiera”.*

- *Mantiene con él una entrañable relación personal: “he encontrado el corazón de mi rey, de mi hermano, de mi dulcísimo amigo Jesús, ¿qué más puedo apetecer en el cielo ni buscar en la tierra?”.*
- *Este amor a Jesús la lleva a identificarse con su entrega hasta la muerte, por lo que ora diciendo “no podré amaros, ni serviros, si no me abrazo, si no me desposo con vuestra cruz por amaros a Vos sólo”.*

### **“Dios mío y todas mis cosas”**

Esta exclamación: *Dios mío y todas mis cosas*, que María Ana toma de Francisco, encierra algo muy fundamental de la espiritualidad franciscana y es signo claro de la exclusividad y primacía que Dios tiene en la vida de nuestra Fundadora. María Ana expresa su vinculación con esta espiritualidad, desde donde se incorpora y se transmite una experiencia de Dios como *Altísimo* Señor, trino y uno, Padre providente, con importante presencia del Espíritu Santo en escritos personales e institucionales, y una centralidad significativa de la humanidad de Cristo. Ella vive a Dios como “*mi Señor*”, centro polarizador del corazón y principio integrador de la existencia entera.

El Dios como absoluto es tema transversal de sus escritos, es el reconocimiento de la primacía de Dios en su vida. “*Dios mío y todas mis cosas*” repiten con frecuencia, usando las mismas palabras de Francisco de Asís. Este Dios merecedor de toda adoración y todo amor, es un Dios Trinidad, misterio de comunión y de amor. Y con estas palabras y otras, expresa su admiración, reconocimiento y reverencia:

*Os adoro santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo... os reconozco por mi Dios, Señor y dueño de mi vida, gloria a ti, suavísima, dulcísima, benignísima Trinidad.*

Para M<sup>a</sup> Ana adorar es una actitud interior mediante la cual reconoce a Dios como único absoluto y principio de vida. Por eso le adora, le bendice y alaba. Y lo expresa así porque a Dios lo ha experimentado antes como dador de vida que transmite la paz, la seguridad, la felicidad, la salvación. De ahí su talante sereno, reconciliador y dulce:

*su rostro era tan apacible que (... ) sin hablar anunciaba paz por doquier que transitaba y a su lado se experimentaba sosiego.*

### **Eterno Padre, bondad inmensa**

Al igual que Francisco lo hiciera en su día, M<sup>a</sup> Ana hace una paráfrasis del comienzo del Padre nuestro: *¡Qué dicha la mía en tener por Padre al Rey de reyes, que habita en los cielos...!*

Para M<sup>a</sup> Ana, Dios Padre constituye la referencia última de todo cuanto existe: *todo procede de Él, Altísimo Dios*, que es quien sustenta la vida, fuente y destino de todo lo creado y dinamismo de la historia. Él es:

- Bondad inmensa
- Origen de vida y misericordia que le permite reconocer: *Tus manos (...) me hicieron y formaron... vida y misericordia me concediste. ...me habéis sacado de la nada (...) y me colmáis aún todos los días de una infinidad de favores.*

- Padre providente en quien pone toda su confianza y en el que abandona todas sus preocupaciones, lo que le lleva a decir: *Ten fe, que Dios cuida de sus pajarillos ....*
- Ante todo quiere amarle *...con todo el afecto y hacer puramente su santa voluntad..*

Este Padre que nos hace hijos de Dios es a quien reconoce como creador de todo y del propio ser. Esto conduce a que la vida sea una acción de gracias permanente experimentándola desde Dios como un permanente don y agradecimiento. No se sostiene en su propio poder ni autonomía personal, sino que queda envuelta y fundada en una experiencia de bondad recibida y agradecida.

A Él le pide que haga su voluntad, que realice su reinado. Vivir en la voluntad del Padre es lo que explica la trayectoria de M<sup>a</sup> Ana, sus decisiones, los claroscuros de su vida, su oración, todo. Desde esta comunión y entrega a la voluntad del Padre, ora diciendo:

*...sólo deseo que me deis a entender vuestra voluntad y os suplico me concedáis gracia para obedecer (...) os pido (...) vuestro santo amor, el cual me despegue de todas las criaturas y especialmente de mí misma para no amar a otra cosa que a Vos y a vuestra santa voluntad.*

En esta misma línea, M<sup>a</sup> Ana copia en dos ocasiones, aunque con alguna leve modificación, la oración de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola: *Recibid, Señor mi libertad, toda entera...*, que, si bien, está dirigida al Señor, el contexto apunta a Dios como Padre. Este “desapropio” y esta entrega de su ser entero a quien del todo se nos entrega se conecta con un rasgo también profundamente franciscano como es el de la “restitución”.

*Y restituyamos todos los bienes al Señor, Dios altísimo sumo, y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias....*

### **El Hijo bienamado**

Junto al Padre, el Hijo: el bienamado. Él es la *suma bondad que merece ser amada de infinitos amadores si los hubiera*. M<sup>a</sup> Ana se dirige al Señor utilizando los términos más entrañables, más afectivos, más de reconocimiento humilde:

*He encontrado el corazón de mi rey; de mi hermano, de mi dulcísimo amigo Jesús, ¿qué más puedo apetecer en el cielo ni buscar en la tierra?.*

Para M<sup>a</sup> Ana, Dios tiene un nombre: Amor. Él configurará toda su espiritualidad, su forma de vida fraterna y su pedagogía en la tarea educativa. Sus expresiones, aunque tomadas del siglo XIX, expresan con profundidad sus sentimientos más hondos y el conocimiento de los santos Padres de la Iglesia, como san Agustín: “Tarde te amé, Dios mío...”.

*Oh mi buen Jesús, dadme de esta agua de que vuestro corazón es la fuente para que jamás tenga sed. ¡Oh, corazón de Jesús, qué tarde os he amado!.*

La experiencia profunda del amor, el sentir hondamente que hay un Dios que nos ama más allá de todas las cosas, constituyó el fundamento de todo el proceso espiritual de M<sup>a</sup> Ana. Ella sabe que el amor le funda como persona y que sólo en la actuación de ese amor puede alcanzar su plenitud. De ahí que trate de asegurar lo fundamental de su ser creyente: el amor a Dios y a los hombres a quienes Dios ama. Pero responder adecuadamente al amor de Dios sólo puede hacerlo Dios mismo. Ante esta necesidad e impotencia M<sup>a</sup> Ana, implora: *...dame la sabiduría para poderos conocer y amar...Lo único que os pido es el verdadero amor (...) que no cese de amaros ni un instante.*

Y así como en Francisco se va dando casi de forma simultánea el encuentro con Cristo y con el leproso, también en María Ana el amar a Dios entra a formar parte del dinamismo de su amor a los más pobres.

*Su contemplación del rostro de Dios le lleva a una “contemplación” de ese rostro contrahecho de las criaturas de Dios. Por ello quiere limpiarlo con su caridad que se convierte en obra. Las fundaciones y las obras en favor de la educación de las muchachas menesterosas y la asistencia a los enfermos nacen de esta experiencia*

La unificación entre el amor a Dios y a los hermanos, constituyó el fundamento de todo el proceso espiritual de nuestra Fundadora. Dice un testimonio: *Manifestaba su caridad al prójimo no por proselitismo, ni por ningún otro sentimiento humano, sino por verdadero amor de Dios. Por eso no duda en alentar a las hermanas para que no se cierren en su egoísmo, y puedan ser recibidas totalmente por Aquel que se entregó del todo: Siempre decía a sus hijas que debían ayudar al pobre, al anciano, al que sufre, aún con merma de sus intereses, no importaba, el Señor cuidaría de sus esposas.*

### **La eucaristía en María Ana**

En íntima conexión con la devoción al Sagrado Corazón está la eucaristía. En ella María Ana encuentra al Jesús que se hace alimento y bebida para nuestra hambre y nuestra sed, por eso exclama: *¡qué daré yo al Señor por el amor que me muestra en el santísimo Sacramento!*. Podemos afirmar que, como en Francisco, la eucaristía es en María Ana verdadero centro de su vida espiritual. De la celebración del sacramento volverá a sus hermanos con el corazón transformado por el encuentro.

*Muchos testigos la vieron estática ante el sagrario y meditando el viacrucis...*

Ella concede toda la fuerza celebrativa del sacramento a la comunión en la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. Este Señor Jesús, entregado por entero cada día en la eucaristía, es a quien descubre, contempla, celebra y sigue a través de una honda vivencia de los misterios de la encarnación, pasión, muerte y resurrección del Señor.

María Ana, al participar en la Eucaristía, renueva su amor al Señor, diciendo: *Recibid, Señor, mi libertad toda entera....*

### **La oración en María Ana**

Como ya venimos afirmando, para María Ana, el primado en su vivir y en su experiencia corresponde al Señor. Dios es el primero, lo definitivo. Su existencia es dejar que pase el amor entrañable del Padre, un descubrir a Jesús pobre y humilde, entregado en favor de los hombres y un sentir la fuerza del Espíritu que le impulsa a rastrear las huellas de Dios en la historia.

Esto aparece visible en el ejercicio de su vida teologal. El modo de vivir esa íntima relación con Dios en la oración, constituyó en ella, una característica peculiar, que legó al Instituto. Tiene sus raíces en la originalidad de san Francisco que en todo veía y amaba al *sumo Bien*, que se “sabía de memoria a Cristo crucificado”. De ahí que, en todas sus formas de oración, aparece el estilo franciscano de alabanza y gratitud, de humilde reconocimiento, de participación en los sufrimientos de la pasión.



- *Era mujer de oración...hacía frecuentes visitas a la capilla y allí pasaba largos ratos en contemplación.*
- *Nuestra Madre continuamente estaba en oración, sin estar en la capilla.*

Amaba la oración vocal como expresión de los sentimientos de su corazón. Compuso y transcribió muchas oraciones para rezar en diversas ocasiones.

- *Aquí estoy mi Señor, aquí estoy.*
- *Dame mi Dios un corazón puro y limpio, acompañado de aquella recta intención sin la cual no hay verdadera virtud.*

Su oración era testimonial, quería que sus comunidades fuesen espacios donde se agradara a Dios mediante la práctica de las virtudes, fervorosa oración y recogimiento.